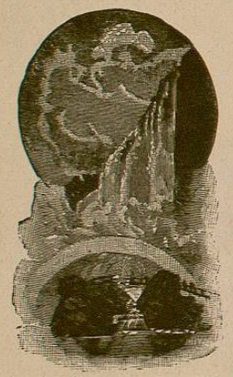


XV.

Niagara Falls.

SALUDEMOS al génio que sabe realizar tantas maravillas; frente á la obra sublime y misteriosa del Creador, contemplamos la grande obra del hombre.

Eran las primeras horas de la mañana del dia 7, cuando el tren majestuoso, silbando y con sus espirales de humo por corona, acababa de entrar en el soberbio y grandioso puente suspendido sobre el Niágara; su longitud es de 800 piés y su altura produce vértigos. A la derecha se vé otro magnífico puente; más allá el nuevo que también está suspendido sobre el rio y al fondo las estruendosas y enormes cataratas.

El tren se deslizó con lentitud, llegó á la estacion y de allí se nos trasladó en *omnibus* al International Hotel, el mejor, el más elegante y el más bien servido de la población, por lo cual lo prefieren siempre todos los que diariamente visitan las cascadas del Niágara.

El deseo de contemplar muy de cerca lo que de lejos habiamos divisado apenas nos devoraba.

Ansiosos por conocer la gran maravilla de la naturaleza, salimos en coche del hotel y nos fuimos á la isla de la Cabra, punto que divide las cascadas, es decir, la americana que se halla en territorio de los Estados Unidos, y la del Canadá, que es la más grandiosa.

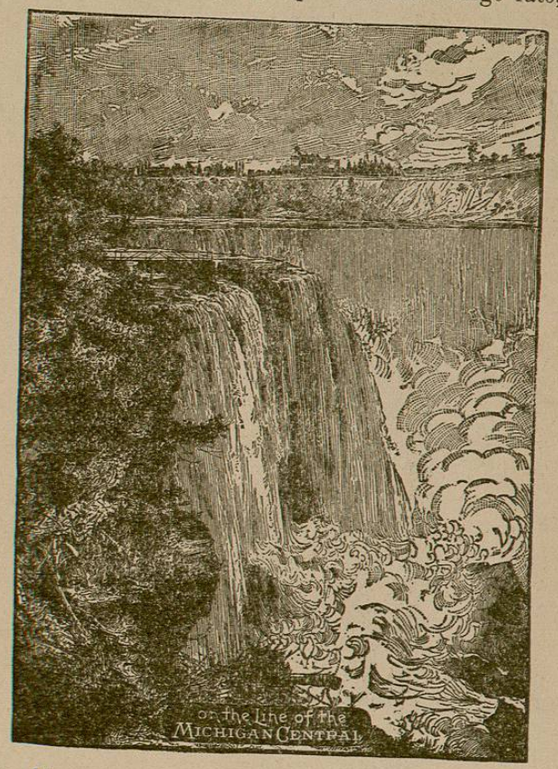
Una vez en aquel sitio pintoresco y despues de haber atravesado bajo frondosas arboledas y por ligeros puentes, nos inclinamos hacia el abismo á ver la catarata del lago americano.

La emoción que sentí no es comparable á nada; quiero decir mucho y me pasa lo que al poeta que deseando escribir en verso lo

que opinaba del prodigio, se limitó á exclamar: "Vine á ver, pensé escribir y no puedo hablar."

Pasamoss por las islas unidas de *las tres hermanas*, atravesando puentes y contemplando las aguas que en caprichosos giros se revuelven, hasta caer á plomo con un ruido que asombra.

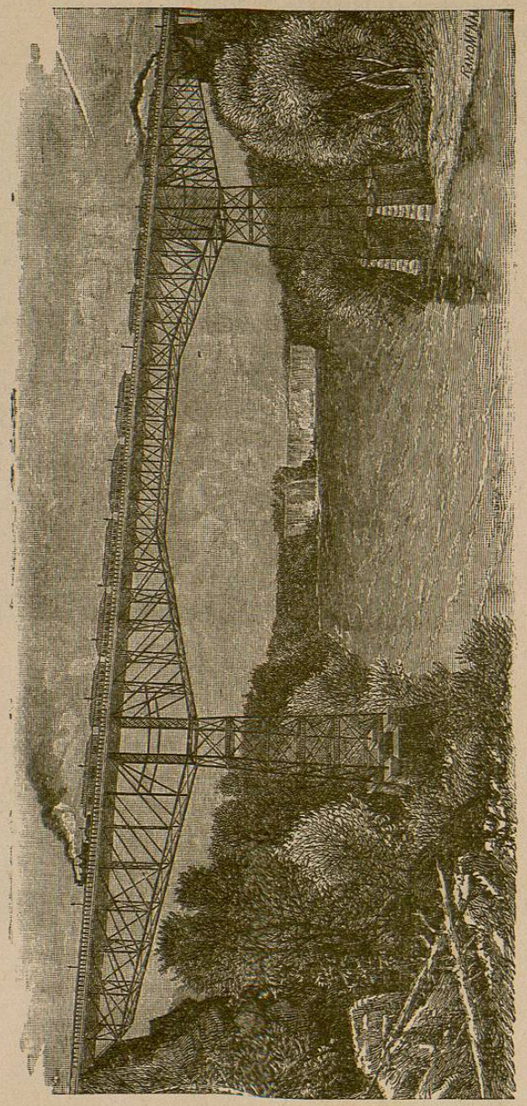
En cada uno de esos parajes permanecimos largo rato, admi-



rando aquel torrente que no lejos de allí se desploma con espantoso estruendo ya veces en el puente que une dos isletas y otras á la orilla del rio en esa parte, seguiamos el giro de las movibles aguas, mudos, absortos mismos.

Dimos vueltas y más vueltas yo no sé por donde, nos detuvimos frente al *Prospect* y desde allí contemplamos en toda su grandeza

las caidas del Niágara. La caída de las aguas produce una especie de niebla, que á veces cubre por completo hasta la mitad las mencionadas cataratas. Los rayos del sol reflejándose sobre las aguas, lavantan incontables arco-iris desde la superficie del rio; tiñen de un verde subido parte del torrente, plateando la otra, ó dándole el blanco de la nieve; bordan de perlas y deshacen por fin las cataratas en rica, en inmensa, en prodigiosa lluvia de diamantes de colosal tamaño, que se



Puente del Ferrocarril Central de Michigan sobre el Niágara.

encierran en el hermoso cofre esmaltado con el verde oscuro de los robles.

El alma no se siente satisfecha y quiere uno pasar de unas á otras emociones, colocados en unas carretillas sostenidas por un cable sobre un plano inclinado de gran longitud, descendimos con rapidez vertiginosa al fondo del abismo, y allí mis compañeros tomaron el vapor llamado *The Maid of the mist. La doncella de las brumas*, y cubiertos con capas de hule, pudieron contemplar las caídas de agua en toda su grandeza.

Yo traté de llegar á pié cerca de la gran catarata del lado americano, y en efecto lo conseguí sintiendo una impresion de asombro indefinible, cuando la enorme nube parecia desprenderse de lo alto sobre mi cabeza, para arrojarme á la corriente que cubria la bruma.

A poco rato ascendimos por la misma rampla que nos sirvió para bajar y nos hallamos en el sitio donde se nos retrató en grupo, pues había olvidado decir que retratarse frente al Niágara es una cosa indispensable.

Fuimos en seguida al nuevo puente suspendido que sirve para los que pasan á pié ó en coche; contemplamos en todo su maravilloso aspecto, las cascadas y de allí, al otro lado, bajando por una ramplacomo la otra de que hablé, y aun más inclínada, llegamos á ver las rápidas, corriente agitada en que se forman inmensas olas y cuyo lugar ha adquirido celebridad por haberse ahogado en él el capitan Webb, valiente y arrojado marino que pretendió pasarlas á nado.

Verificamos nuevo ascenso y regresamos por el puente, donde una vez más nos quedamos absortos ante ese panorama inconcebible, que arrebata, sorprende y extasía.

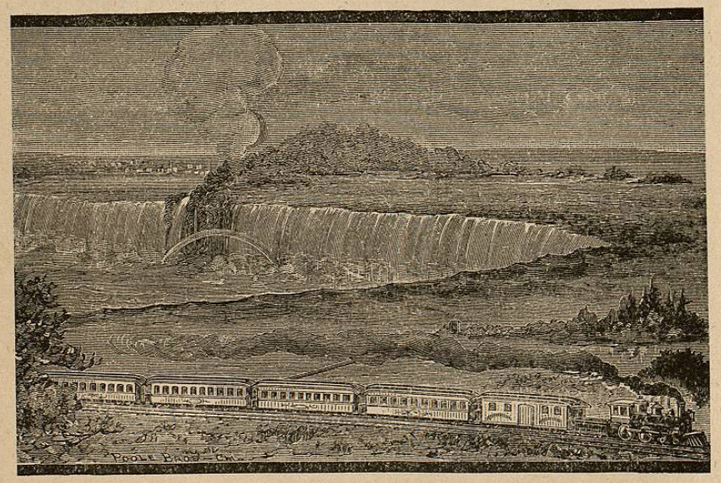
El puente nuevo es una obra de las más grandiosas que el génio ha realizado, tiene de largo 1,268 piés 198 de altura, sin contar con que el rio tiene allí una profundidad de 150 piés.

Por la tarde vimos el Niágara de cuantas maneras nos fué posible, y admiramos su majestad y esplendor, sin saciarnos un solo instante.

No creo haber dado á los lectores de este libro ni siquiera una pálida idea de lo que es el Niágara de suerte que me permito copiar la poética descripcion de Francisco Icaza que será leida con placer.

"EN EL NIAGARA."

Cuando conocemos una maravilla de la naturaleza ó del arte, por las narraciones de esclarecidos escritores, por los cantos de inspirados poetas y por los lienzos á los que el pincel de sublimes artistas dió vida con su potencia creadora; cuando reuniendo estos factores ha formado la imaginacion un compuesto de ellos, y prestándole su brillantez y galas ha soñado con él, le ha acariciado en el espíritu y al recodarlo en cada dia y en cada momento ha creido hallarle una belleza, mas es casi seguro que al mirar el objeto real se le encuentra inferior y pálído junto al objeto soñado.



Esto pensaba temiendo recibir una decepcion en mis ilusiones de viagero, y me fuí á cruzar las calles de la pequeña poblacion Niágara Falls, en compañia de mi amigo Lugo Viña.

Entramos por fin à la Isla de la Cabra. El paisage que se gozaba desde el puente era bello y grandioso á la vez y parecia preparar el espectaculo que pronto se presentaba ante nuestra vista, cerré los ojos y no quise mirar las verdes aguas que con rapidez vertiginosa y saltando en penachos de pluma se rompen en los rocas que levantandose desde el cauce. asoman sus picos sobre la superficie del rio; no quise mirar las riberás de la Isla con su pompa

primaveral sus margaritas blancas y sus moradas campánillas, y hasta no hubiera querido escuchar el rumor sonoro de las aguas del torrente. Deseaba que mi alma, ávida de emociones, recibiera de un golpe y sin que nada la debilitara la impresión más grata de mi vida, algo como un reflejo de lo infinito.

Atravesamos el puente y las calzadas de la Isla, y nos detuvimos. Salté del carruaje, y separándome de mis compañeros que con gran algazara se dirigían á un balcón de madera colocado sobre una roca, me escondi, por decirlo así, en un bosquecillo de plantas rastreras, y acercándome al borde del abismo, me detuve extasiado.... Las descripciones de Chateaubriand eran pálidas, débil el canto de Heredia, descoloridos y sin vida los cuadros de Church, y pobre mi imaginación para forjar tanta grandeza.

Era aquel espectáculo la orgia de la luz y de los colores; en el espacio de un azul purísimo lucian algunas nubecillas coloreadas débilmente de escarlata; confinando con el cielo las riberas mostraban el verde oscuro de su vegetación enana, pero exuberante, y cerca de ellas y apareciendo casi tan inmóvil como los bosquecillos que apenas agitaba la brisa de la mañana, se extendía cubriendo gran parte del horizonte, el límite superior de las cascadas con su vivísimo tinte de esmeralda. Este color se desvanecia á diferentes alturas cuando el agua chocando con las rocas salientes, convertida en espuma, semejaba, al ser besada por la luz, ya columnas de bruñida plata, ya brillantes que quebraban los rayos del sol en mil colores, y que se fundían perdiéndose en el seno de la cuenca, adonde no alcanzaban las miradas á sondear las nieblas, que como humo de gigante incendio, se levantaban á inmensa altura, dejando á su paso gotas de rocío en las flores de la ribera. Coronaban aquel paisaje como diademas celestes, multitud de arco iris que, ya completos, ya en girones, flotaban eu la bruma y cantaba el solo himno digno de aquella sublime escena el rugido atronador y solemne de las aguas flotando en las ondas de la atmósfera.

Estaba completamente solo, y oculto por las ramas en aquel lugar en que no se veía ninguna obra del hombre, ni los preciosos puentes colgantes que unen las riberas americana y del Canadá y son muestras de su poder, ni los puentecillos de madera mal unidos y endebles, desde donde se puede estar al pié de las cascadas y que hacen resaltar la pobreza humana, siendo lunares de la grande obra

de la naturaleza; podía soñar que me hallaba en la misma época, rodeado de la vegetación agreste y salvaje, y en el mismo sitio en que Chateaubriand puso el último capitulo de su Atala. Podia pensar que en el árbol que se encontraba á mis espaldas habia colocado la infeliz madre Natche á su hijo muerto, que allí lo arrulló con su cama funeral, y que con alguna de las ramas que estaban esparc das en el césped, habia espantado los insectos que asediaban el cadáver, el autor de los Natchez, mientras escuchaba de los labios de la hija de aquel pueblo infeliz, la narración de la muerte de Chactas y del padre Aubry, y la historia de las infortunadas guerras de sus mayores y de su proscripción y abandono. Podía soñar que en el lugar en que se enmarañaba la maleza, le habían mostrado aquellos huesos sagrados que llevaban como penates en su dolorosa peregrinación.... podía hacerlo, y soñé con los sueños del grande hombre.

Hiciéronme despertar á la realidad las voces de mis compañeros, el chasquido de los látigos y el rodar de los carruajes que se ponían en marcha. Tomé de nuevo mi puesto en uno de ellos, y reanudando mis interrumpidos pensamientos, dejé á la imaginación salvar épocas y parajes con su poderoso vuelo mientras recorríamos las frondosas arboledas de la Isla de la Cabra, y pasando por puentes de diversas formas visitábamos las encantadoras islas de Las Tres Hermanas.

¡Cuán variados recuerdos de impresiones propias, y de las extrañas que hicieron mas las lecturas de la infancia, giraron en mi cerebro como bandada de aves viajeras el derredor de los nidos abandonados en todo un invierno! Por la emoción que acababa de experimentar comprendí la que debió agitar los corazones de Cartier y Champlain, de Hennepin y Chateaubriand; escribieron sobre las cataratas, Cartier, en 1536 (fué el primero); Champlain, en 1613 y Hennepin en 1678; y adiviné los coloquios intimos de sus almas y la virgen naturaleza, relacionando mis impresiones del dia con las memorias de las que en otro tiempo embargaron mi espiritu, cuando en medio de una naturaleza virgen como la que ellos lograron contemplar, miré con asombrados ojos las colosales ondas de cristal y de espuma de las cascadas que se forman en la quebrada sierra de Puebla!

¡Oh excelsa prerrogativa del espíritu humano! ¡Hacer desaparecer tiempos y distancias y presentarnos hechos pasados y objetos

lejanos con la misma claridad que los presentes! ¡Con qué vivos colores surgieron en mi mente los recuerdos de aquel viaje y el panorama de la lejana serrania desplegándose ante mi vista con todas sus bellezas! Recordé aquella mañana en que al levantar el temporal que durante varios dias envolvió en impenetrables nieblas y en menudas lluvias los montes y las poblaciones de la Sierra; las brumas oscuras trocándose en leves gasas presentaban á los objetos lejanos una vaguedad que aumentaba su encanto; aquella mañana en que la luz del sol tenía nn fulgor misterioso de luna, en que el olor de la tierra húmeda reemplazaba el aliento de horno de nuestra *Tierra caliente*, en que en cada pétalo de las innumerables flores que bordaban el camino habia una gota de rocio, y en cado estambre de la *flor del cabello* habia una perla; aquella mañana en que ya siguiendo las márgenes del Necaxa, limpio y transparente como una faja de nuestro cielo, ya dejando resbalar los amaestrados caballos por el barro rojizo de la casi perpendicular *Bajada de la zorra*, ya trepando por el abrupto camino de Xico, transitada por indios que conservan su extraño traje primitivo y sus largas melenas, y que aun danzan al compás del *teponaxtle* sagrado en las fiestas de la *Xochipila*, miré el gran anfiteatro en que se precipitan, entre un manto de perennal verdura, los tres gigantes brazos de la cascada de Necaxa.

La altura de esta cascada, según el conde de la Cortina, es de 135 varas mexicanas (351 piés ingleses); medidas posteriores la hacen subir hacta 161 varas (443 piés ingleses); la Catarata del Niágara sólo tiene 164 piés ingleses en su mayor altura.

Seguí con la vista absorta las linfas transparentes de la de Tenango, y descrubri la de Gachupintitla, que forma al chocar con las rocas la ninfa de blanca veste que peina cabellos de bruma con mano de nieve.

La cascada de Gachupintitla tiene, en el tiempo de crecientes, la extraña forma de una figura humana. Los habitantes de las poblaciones cercanas quieren ver en ella uua mujer vestida de blanco y con la cabellera suelta, que á cada golpe de agua levanta uno de sus brazos como para peinar sus cabellos.

Los cuadros ficticios que se presentaban en la cámara oscura de mi cerebro, se borraron para ser sustituidos por cuadros reales

cuando llegamos á *Prospect Point*, desde donde se descubría una nueva faz del hermosisimo paisaje.

A nuestro piés se desprendía la catarata americana, mirábase en seguida la Isla de la Cabra que acabábamos de abandonar y que separa las dos cascadas, y más allá la gran herradura de la catarata canadense y la margen inglesa, en cuyar torrecillas y edificios flotaba al viento la bandera británica.

Ligando las dos riberas con sus cables de acero, se tendían sobre el abismo los puentes colgantes, pareciendo, á pesar de sus grandiosas dimensiones, el puente colgante viejo tiene 800 piés de largo y está á 250 piés de la superficie del agua; el puente colgante nuevo tiene 1,268 piés de longitud y su altura es de 190 piés sobre la superficie del rio, esos hilos sutiles que tienden en los bosques los insectos entre lejanas ramas, y que sólo se distinguen cuando un rayo de sol, filtrándose entre las hojas, los hace lucir con plateados reflejos.

En el fondo de la gran barranca y después de resolverse impetuoso en el pequeño lago, como rendido de fatiga ó desmayado por el rudo golpe, el rio, al parecer, corría manso y tranquilo. Entre las encrespadas ondas y rompiendo la bruma, se distinguía "La doncella de las nieblas," vaporcito que hace sus peligrosas travesias llevando á los viajeros casi por el pié de las cascadas, desde cuya cubierta, envueltos en sus abrigos impermeables, calados los capuchones y con aspecto entre buzo y cenobita los pasajeros, á quienes pronto sustituiríamos, nos saludaban agitando sus pañuelos blancos como la niebla que los rodeaba y como la espuma que envolvia la embarcacion.

Momentos después descendimos por el ferrocarril funicular hasta el rio, y en un lugar cercano á la catarata americana tomamos pasaje en "La doncella de las nieblas."

Nada, ni aun las mismas emociones que se experimentan en los otros puntos de vista que ofrece el Niágara, es comparable á la que produce aquel viaje entre brumas, estruendos y conmociones, teniendo por apoyo la débil cubierta de un barquichoelo que se estremece luchando con las aguas; por cielo, una bóveda de nieblas, y por horizante el semicirculo inmenso de un mar que se desquicia y se desploma.

Según Lyell, pasa cada minuto por las cascadas una masa de

agua de *mil quinientos millones* de piés cúbicos, desprendiéndose en la catarata canadense, qeutiene 2,000 piés de longitud á la altura de 158 piés, y en la americana, que mide cerca de 800 de largo, á la altura de 164 piés.

Caía la tarde y se acercaba la hora de la partida; atraídos por un influjo irresistible y queriendo contemplar quizá por última vez las cataratas, salimos del hotel uno de mis compañeros y yo, y dejando á algunos de los viajeros entregados todavía á la animada conversación de sobremesa, nos dirigimos á *Prospect Park*.

A los reflejos del crepúsculo se acentuaba el color esmeralda de las aguas, y los árboles de las riberas se dibujaban como una faja oscura en lontananza. La luna se levantaba en el cielo, no brillante como un disco de plata, sino blanca aún como el armiño; en algunos de los hoteles de la margen opuesta se encendían prematuras luces que brillaban á través de las ventanas con resplandores rojizos, y á nuestro lado pasaba una pareja de enamorados que se perdieron entre la arboleda, mirando el paisaje en el bellísimo espejo de unos ojos queridos.

Bien pronto la escena cambiaria por completo, sin que nosotros pudiéramos admirarla; los faros eléctricos la iluminarían con sus deslumbrantes focos, y los vidrios de colores colocados en ellos harían de las cascadas muros de rubíes, de topacios y de zafiros, y de las nieblas, cúpula de apagados cristales, realizando el sueño feérico del protector de Wagner, del loco rey de Baviera, arquitecto de palacios imposibles. Después, pasarían las horas, y cuando al bullicio sucediera el silencio, se apagarán las luces y sólo se mirarán al extremo de los oscuros puentes los farolillos de los vigilantes como los ojos de fuego de serpientes colosales, la luna y las estrellas lanzarían sobre aquel cuadro sus pálidos fulgores, que juguetearían en el movible cortinaje de las ondas, formando con la bruma, no las náyades con que la fábula poblara los remansos de los rios y los bordes de los tranquilos lagos, sino los fantasmas de las vírgenes *attouanderonks* sacrificadas al *Grande Espíritu* en aquellas aguas, las que se agitarían envueltas en blancos ropajes.

¡Y teníamos que partir! La locomotora, como el negro corcel encantado de los cuentos orientales, nos había conducido en la noche salvando rios, montes y planicies hasta aquellos parajes; ahora debía arrancarnos de ellos para llevarnos nuevamente á la ciudades, y ya

piafaba impaciente sacudiendo su crin de humo. Era preciso marchar, y mi compañero conmovido tendía los brazos á las cascadas dirigiéndoles á media voz tiernas frases, cuando una risa burlona que resonó á mis espaldas acompañada de estas palabras; *he is insane* (está loco), nos hizo volver la cara: eran dos lindas americanas que nos miraban desde la puerta del *Museo* de que eran dueñas, riendo de la emoción de mi compañero. "No serán capaces de sentir donde no pueden comprenderme," me dijo mi compañero casi indignado. No le contradije, pero yo sólo miraba en aquellas risas que la mayor belleza cansa, que el mayor placer hastía, y que no debíamos dolernos de abandonar tan rápidamente aquellos sitios, puesto que así podíamos separarnos de ellos con el corazón conmovido y las lágrimas en los ojos.

Si elogiara el artículo de Icaza yo que he visto el Niágara y por consiguiente puedo apreciar la exactítud de la descripcion por conocer ademas, los otros sitios á que se refiere, quizás se me tacharía de apasionado. Por fortuna se elogia por si solo y no necesita que yo lo recomiende á las personas de buen gusto.

En el Niágara tuvimos la satisfaccion de ver á uno de nuestros compatriotas, á Miguel R. Méndez, diputado al Congreso de la Unión, que recorría aquellos lugares por placer, en un viaje de recreo.

Compramos en los muchísimos bazares que hay por todas partes, recuerdos para nuestras familias, objetos propios de aquel lugar, como aretes, prendedores, pulseras y collares de piedra, sombreros de madera y otra infinidad de cosas que sería prolijo enumerar.

Muchos de estos objetos son curiosos trabajos de los indios que habitan en las reservaciones del Canada situadas algunas millas distantes del Niágara. En esos bazares ó museos como allí les llaman, me acordé mucho de Guillermo Prieto que al hablar de ellos dice: "pero la parte sustancial del riquisino almacen son las vendedoras, porque desde luego se vé que con su hermosura y sus gracias entran como parte muy principal en la especulacion. Cada una de aquellas Sirenas del Niágara lujosamente vestida, con voz angelica y mirada amorosa se apodera de un viagero le sonrie, coquetea, suspira, le conduce, le mima; mostrandole primores, despidiendolos con un ceso cortado."

Llegó la hora de partir y nos despedimos del asombroso torrente con positivo pesar, deseando volver á su presencia para adorar con

el alma levantándola al cielo, al Ser Omnipotente por sus obras tan maravillosas, como la que teniamos delante. Pasamos una vez mas frente á aquel prodigio; nos colocamos en les omnibus respectivos que nos llevaron á la estación del ferrocarril y en un tren del West

Shore, nos dirigimos á la Capital del estado de New York. En el silencio de la noche y evocando los gratisimos recuerdos de aquel dia, procuré escribir algo respecto de la maravilla que habia contemplado y compuse el siguiente soneto que tengo la osadia de

reproducir, (aun contra la opinion y buen juicio del Editor responsable.)

EL NIAGARA.

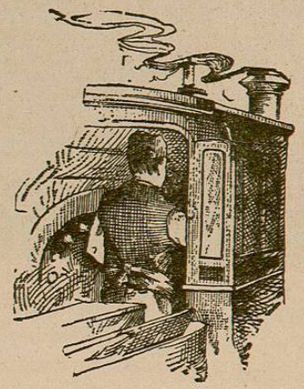
Con estruendo despéñase el torrente.
Cantando un himno de gigante rima,
Y el sol entre las nieblas de la cima,
Quiebra en iris su luz resplandeciente.

De esmeralda y diamante la corriente
El velo forma que su veste anima,
En tanto que los robles de la cima
Entretejen guirnaldas á su frente.

Y por las noches el raudal que pasma,
Rueda hirviente y veloz desde su cuna,
Y su carrera el ánimo entusiasma
Y tal encanto su grandeza aduna
Que lo transforma á veces en fantasma
El tibio rayo de la blanca luna.

Espero que no se me tildará por haber tratado de cantar en verso lo que no he podido describir en prosa; pero francamente el Niágara asombra al mundo entre las maravillas de la naturaleza.

El mar, ese Oceano fuente de tantas inspiraciones, no produjo en mi ánimo la profunda inspiracion que las cataratas del Niágara.



XVI.

Albany.

DESPUÉS de pasar la noche en el tren del Ferrocarril West Shore llegamos el día 8, cerca de las nueve de la mañana á la ciudad de Albany, capital del Estado de Nueva York. No era ésta una de la poblaciones que figuraban en el itinerario de nuestro viaje; pero no bien habíamos descanado algunos mniutos en el Hotel Delavan, edificio, de cinco pisos y muy elegante, cuando los periodistas de la ciudad, entre los que figuraba el cumplido Mr. John A. Sleicher, redactor del *Albany Evening Journal*, nos fueron á obsequiar con extremada finura.

Serían las diez de la mañana cuando en unión de los periódistas y del Mayor Bunks recorrimos en carruajes las principales calles de la ciudad que se extiende á las márgenes del rio Hudson, y es una de las más antiguas de las Estados Unidos.

Uno de los primeros edificios que alli visitamos, fué el elegante y majestuoso Capitolio que aun no se concluye y que será un monumento de arte, digno de de la época presente.

Se han gastado ya en su construccion $18,000,000 y faltan todavia 5,000,000 para que quede terminado.

El edificio tiene un patio que me dijeron era imitación de la Alhambra de Granada, por sus adornos al estilo árabe y sus preciosos calados en las molduras de las cornisas. La mayor parte, ó mejor dicho, todas las columnas del grandioso palacio son monolitos de incalculable valor que sorprenden por su magnitud y hermosura.

Hay allí profusión de adornos, mármoles de todos los países, desde los de Egipto y Carrara hasta el Onyx mexicano, cuadros,